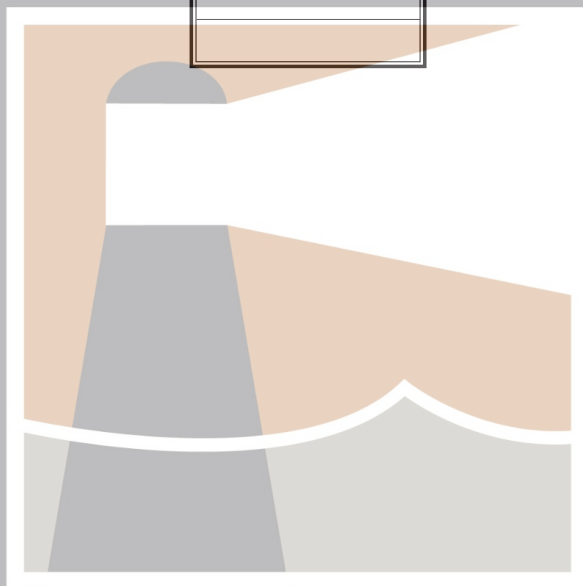




EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL

Fernando Borroni

**CORONADOS DE
ODIO**

**La Argentina de Milei
en un mundo de ultraderechas y neocolonialismo**

MAREA
EDITORIAL



Borrioni, Fernando

Coronados de odio / Fernando Borrioni. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2026.

216 p. ; 24 x 16 cm. - (Historia Urgente / Constanza Brunet ; 128)

ISBN 978-987-823-114-3

1. Derechos Humanos. 2. Crónica Periodística. 3. Sociología de la Cultura.

I. Título.

CDD 341.48

Dirección editorial: Constanza Brunet

Edición: Debret Viana

Coordinación editorial: Florencia Acher

Corrección: Juan Pablo Csipka

Comunicación: Verónica Abdala

Asistencia editorial: Julieta Rojas

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Ilustración de tapa: Pablo Tambuscio

© 2026 Fernando Borrioni

© 2026 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-114-3

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.



A Marisol, Vicky y Juan, sin ustedes...nada.

A mi madre, siempre y por todo.

A mi viejo, por lo que no pudo ser más que silencio.

A mi hermano, con toda mi admiración.

Al maravilloso equipo radial de No se desesperen por haberme hecho tan feliz estos últimos años.

A Julián Capasso y Julia Andrés por caminar a mi lado, desde hace tantos años, con tanto profesionalismo y amistad.

A Quique Duplaa, a Víctor Hugo y a Eduardo Aliverti, por la hoja de ruta, las huellas y el calzado.

MAREA
EDITORIAL

“Odiar lo suficiente”

“Aún no odian lo suficiente a los periodistas”, afirmó en más de una oportunidad el presidente de la Nación, Javier Milei. Insistió de tal forma con esta sentencia que evidenció su estrategia política. No era la expresión de un hombre que tan solo tiene un encono personal con el periodismo, va mucho más allá que un desencuentro violento con el oficio de informar. Es la expresión de una emocionalidad que ha regulado su accionar y lo ha transformado en toda una política. Menos importante es el sujeto de su oración, sí lo es su predicado. “Yo odio, tú odias, él odia, nosotros odiamos, vosotros odiáis, ellos odian”, y así yo me hago más fuerte. Esta es la conjunción verbal y la acción política de todo poder autoritario, aunque no todos lo expresen a viva voz. La fragmentación social, a partir de una emoción tan visceral como irracional como esta, puede llevar a una sociedad y a sus dirigentes a lugares impensados, todos dañinos para el bien común.

Odiar es la causa y el camino, es la finalidad y el motor. Odiar como motivación del ser. Odiar al periodismo, a la militancia, al kirchnerismo, al Estado, a la llamada cultura *woke*. El odio como razón de poder, como una forma de desvinculación permanente con el entorno, cualquiera sea este. Desvincularse a través del desprecio y del rechazo hacia lo distinto, hacia lo plural, hacia lo de todos. Él y un entorno de confianza conformando el “adentro”, y el odio y la desconfianza conformando el afuera. Si el amor es un valor político, como ciertamente lo es, capaz de conducir un accionar social, el odio también puede serlo. El odio requiere

solo del impulso y una consigna mínima que lo despierte, el amor exige mucho, muchísimo más. No todo el mundo es capaz de amar, pero quizás sí de odiar.

El neoliberalismo es culturalmente exitoso cuando logra que las sociedades se ordenen a partir del descrédito y el maltrato hacia el otro, adjudicándole a ese otro el carácter de amenaza y riesgo latente, con motivos suficientes para justificar su persecución como autodefensa. Pero el poder neoliberal no olvida de digitar a quién odiar. No es al azar, no se odia a cualquiera, se odia a quien el poder formateó como “sujeto susceptible de ser odiado”. Son los más débiles, a quienes a primera vista les sobran razones imputables para serlo. La sociedad neoliberal detesta al oprimido en lugar de presentarle batalla al opresor, esta ecuación es fundante en el poder de la derecha. Por eso Arturo Jauretche decía: “La multitud no odia, odian las minorías, porque conquistar derechos provoca alegría, mientras perder privilegios provoca rencor”.

Sin embargo, en estos tiempos de expectativas exageradas, muy por encima de las realidades en las que hoy se vive, están quiénes, siendo parte de esa multitud, desean imperiosamente dejar de serlo y, para empezar, buscan diferenciarse repitiendo el discurso de esa minoría que custodia sus privilegios. El odio entre pares, próximos, parecidos socialmente hablando, es equivocar el enemigo y es la piedra fundacional de la batalla cultural. El odio social es el odio de una comunidad que no se tolera a sí misma y responsabiliza a un otro construyendo en su imaginario que lo que “no puede”, es porque “no le dejan”. Este impedimento, según su propia fantasía, funciona como puntapié inicial de la carrera hacia el odiar. Por eso el presidente libertario repite como un *mantra* esa frase: “aun no odian lo suficiente...”.

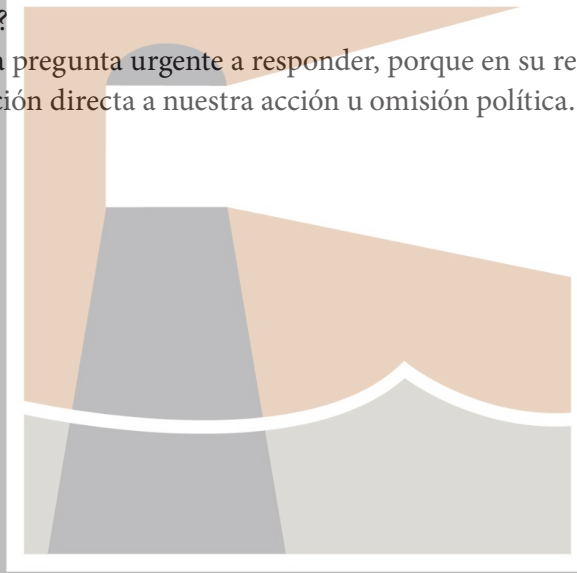
Pero, ¿cuánto será lo suficiente?

Este texto intenta recorrer el sentir de estos tiempos en los que “odiar” parece ser la clave para entender por qué sucede lo que sucede y por qué se naturaliza esto que sucede. Políticas económicas, culturales, comunicacionales, sociales delimitan el mapa de gobierno y el orden geopolítico que también nos gobierna. El mundo está atravesado, como hacía tiempo no lo estaba, por un rencor, un resentimiento, un aborrecimiento capaz de volver a los orígenes mismos de la civilización. El peronismo en Argentina, los inmigrantes en Estados Unidos, los refugiados

en el viejo continente, los desposeídos en cuanto rincón del planeta se hagan visibles, son a quienes hay que “exterminar” para construir lo nuevo. En fin, un mundo lleno de “enemigos” que el poder hegemónico impuso para que los individuos en su cotidianidad invisible ejecuten la tarea inquisidora.

Si para Juan Bautista Alberdi gobernar era “poblar”, para Juan Domingo Perón era “crear trabajo” y para Mauricio Macri era “decir la verdad”, para Javier Milei gobernar es “odiar”. Insisto, ¿cuánto odio será suficiente?

Esa la pregunta urgente a responder, porque en su respuesta está la interpelación directa a nuestra acción u omisión política.



MAREA
EDITORIAL

Capítulo I

La Patria suicidada

Estábamos en el día a día, la plata que no alcanzaba, el duelo por ese maldito virus, y el dolor por Matías. ¿Te acordás de Matías o te olvidaste? Se lo llevó el Covid con 40 años, sanísimo. ¿Te olvidaste del horror que vivimos esos días? ¡Yo no! No puedo. Nunca podré. Perdí demasiada gente querida. Yo no. La cuarentena de mierda, los pibes sin clases, que las vacunas no, que las vacunas sí, que ¡quedate en casa! Los números de los muertos y contagiados en la televisión, cada día, como carteles luminosos en grandes marquesinas. Vivíamos con terror, ¿te olvidaste?, y con dos mangos para todo, sin un peso. Macri nos hizo pelota, es cierto, pero Cristina eligió al inútil de Alberto. Que volvieran mejores, que ellos sabían, y no sé cuántas boludeces más... ¿Qué van a saber? ¡Una mierda sabían! Todo fue peor. De eso hablábamos Mercedes, de eso... ¿o te olvidaste? o ¿preferís convencerte de que aquí no pasó nada? Así eran nuestros días, así estábamos esos años. Cuatro años cayendo de poquito a poco, cada mañana sin saber si llegábamos vivos a la noche. La pandemia nos rompió y hubo que armarse otra vez, con lo que nos quedaba y a remarla, como toda la maldita vida en este país. Vos y yo estábamos hartos, ¿o no? No me hagas así con la cabeza. ¡Sí era así! Estábamos cansados de siempre lo mismo y siempre los mismos. Y bueno, apareció este loco y qué se yo. ¿Quién iba a creer que ganaba? Decía boludeces, nadie creía que las iba a hacer. ¡No lo va a hacer, no lo va a hacer!, me decía Juanca, el carnicero. Miralo hoy, no vende nada. Votamos a alguien por lo que “no iba a hacer”, francamente increíble. Pero, ¿a quién ibas a votar? Ahora no te

hagas la desentendida... Enojados, repodridos, así estábamos. Al fin y al cabo, siempre nos tuvimos que romper el lomo, con cualquier gobierno. ¡No pongas caras! Fue así. ¡Mirá a tu hija y a tu nieta! ¿Qué futuro tienen? ¡Laburar, Mercedes, laburar! No queda otra y los políticos van a seguir robando como siempre. Es así, siempre fue igual... ¿Cómo qué no? Sí. Siempre fue igual.

Casi sin darnos cuenta

¿Los pueblos se suicidan? Es un interrogante incomodo, interpela, o al menos debería hacerlo. ¿Cuánto es el daño que somos capaces de hacernos a nosotros mismos como sociedad? Por acción u omisión, en plena conciencia o por una inconciencia temeraria, ¿hasta qué profundidad podemos apuñalar nuestro propio cuerpo? ¿Qué características propias de un suicida tenemos como sociedad? Muchos afirman que los suicidios encierran una corajuda decisión en plena conciencia de los actos, otros argumentan todo lo contrario, que semejante acto sintetiza un momento de enorme debilidad y cobardía en el sujeto que se quita la vida. Lo concreto es que la *psiquis* de quien toma una decisión semejante sigue siendo materia de investigación.

Con los pueblos puede que suceda algo similar, es difícil determinar si la conciencia se impone frente a las decisiones colectivas, en tanto “conciencia colectiva” o es la irresponsabilidad del “todo me da lo mismo”, la mera repetición de los discursos del poder, o la despolitización y la desmemoria impuesta las que nos llevan al borde del abismo.

Podemos preguntarnos también si los pueblos se suicidan o simplemente se equivocan cuando, por ejemplo, eligen para conducir los destinos de su país a personas probadamente corruptas, que en más de una oportunidad estafaron al pueblo argentino, o a aquellas cuyas promesas y acciones vienen de la mano de lo irracional. ¿Puede ser apenas un error votar a un gobierno que de antemano te notifica que llevará a cabo el mismo ajuste que se ejecutó al menos tres veces en la corta historia de nuestro país, y que en todas dejó tendales de pobreza, riquezas nacionales extranjerizadas, una matriz productiva nacional quebrada y una patria agonizando cultural y políticamente?

¿Podemos darle la ventaja de asumirlo como una equivocación? ¿Es quizás ignorancia, desmemoria? ¿Qué es? A esta altura del partido no entender que la memoria es una condición política indispensable en todo sujeto social es injustificable. En estos tiempos no asimilarnos como sujetos políticos, lo queramos o no, es una ingenuidad peligrosa. Sin embargo, así es, así somos.

En otro de mis libros (*La Inquisición Neoliberal*) hablé sobre la ignorancia que nos abrumba como sociedad. Me referí a la idea de “ignorancia de clase” o una “clase de ignorancia”. Debemos asumir que la ignorancia es, en muchos casos, una decisión política enmascarada en una mirada ideológica que reposa en la despolitización como una virtud social. En muchas comunidades del mundo se convive con un conjunto de ideas y conceptos que hacen a la conformación de una sociedad profundamente ignorante. El poder busca dominar a las sociedades precarizando el discurso y vaciando el debate político. El éxito del modelo cultural del poder dominante no es otro que el desentendimiento de lo colectivo, de sus mecanismos y de la conciencia crítica. La ignorancia es, entonces, en muchos casos, una imposición del poder que busca sujetarnos con las cadenas del desconocimiento.

Pero existe también una ignorancia por la que se elige o se opta. Ejemplo de esto es el “no te metás”, el “todos son lo mismo”, “nada va a cambiar”, “gobierne quien gobierne yo tengo que trabajar”. Estas síntesis infundadas las repiten quienes prefieren ignorar para llevar menos carga en la soledad de su camino, creen refugiarse en un lugar de comodidad que los mantiene a salvo; sin embargo, no están haciendo otra cosa que entregar sus propias voluntades. Es una ceguera por la cual optan en la falacia de que su mundo individual nada tiene que ver con el colectivo, el plural.

La ignorancia política por elección es una conducta suicida y representa la cumbre del éxito de la cultura neoliberal. No querer profundizar en la información, no suscribirse al mundo del espíritu crítico, no tener vocación de interpelar, son conductas que hablan de cierto hacinamiento intelectual. No dudar nunca de nada o dudar de todos bajo los preceptos del poder es ignorar. La ignorancia como elección es toda una ideología que se apoya sobre ideas falaces, llenas de lugares comunes, que se reiteran como muletillas y que, mediante su repetición sistemática, conforman una matriz de pensamiento: “Yo soy apolítico”, “todos

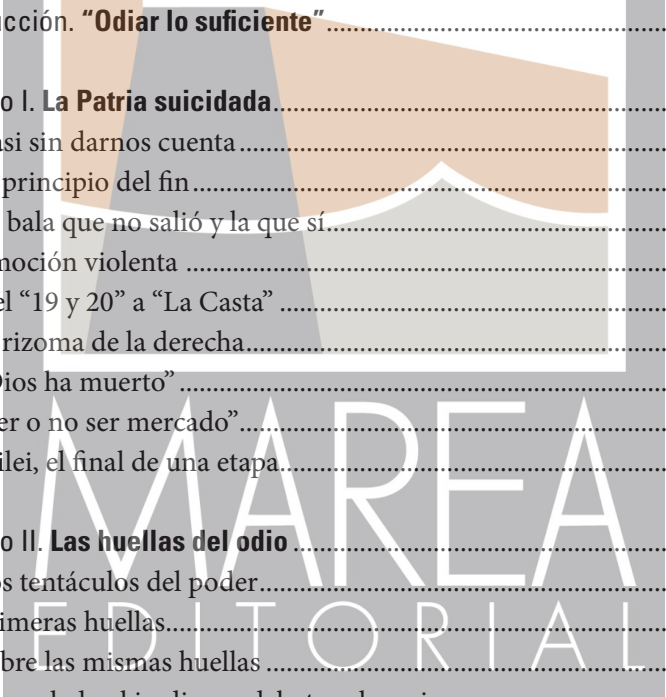
los políticos son una manga de chorros”, “el pasado ya fue”, “los planes son para mantener vagos”, son todas frases que denotan un posicionamiento politizado, disfrazado de anti-política.

Están convencidos de que cuanto más alejados estén de los problemas sociales y las disputas políticas que estos generan, más tiempo tienen para dedicarle a su mundo propio y abonan su cuota social repitiendo lo que esgrimen aquellos a los que quieren parecerse. Este sector, transversal en términos de las clases sociales a la que comúnmente nos referimos, se contenta con ser un simple vocero del pensamiento de los otros. Un fenómeno que se exagera cuando, al vociferar afirmaciones ajenas, se sienten parte de una posición social (a la cual no pertenecen y a la que difícilmente accedan) que idealizan y desean fervorosamente habitar. Son, al menos en su decir, aquello que en su cotidianidad no son. Sería algo así como: “No soy como ellos, no vivo como lo hacen ellos, pero al menos puedo decir lo que ellos dicen, y me alcanza”. Ignoran que no existe mayor desprecio por el mundo propio que desconocer lo que pasa en el “ajeno”. No hay “adentro” posible si no se convive solidaria y justamente con el “afuera”.

La reivindicación de lo individual es la madre de todas las ignorancias, porque solo con la ruptura de los lazos entre los parecidos es que se puede avanzar sobre los derechos del pueblo. No me refiero a esa enorme porción de pueblo que luego de una exagerada pero inevitable jornada laboral mal paga, se deja absorber por la televisión como una vía de escape y que carece del tiempo para nutrirse de lo que sucede allí afuera. No me refiero a quienes no llegan a cumplir con las desconsideradas exigencias que conlleva conocer los tiempos políticos y mediáticos. No hablo, al fin y al cabo, de quienes sufren la imposibilidad de tener tiempo para ello porque son víctimas de la marginalidad de un modelo que pretende que lo ignoremos todo. No son precisamente las clases bajas las que “eligen” ignorar, justamente ellas no. La ideología de la ignorancia a la que hago referencia echa sus raíces sobre una profunda insensibilidad y florece en la soberbia. Ignorar para “vivir mejor, con tranquilidad” debe ser de las mayores estupideces del ser humano. La verdadera ignorancia no es la ausencia de conocimiento, sino el hecho de negarse a adquirirlo. Lo más perturbador y peligroso de este tipo de ignorante social es que ignora su propia ignorancia.



Índice

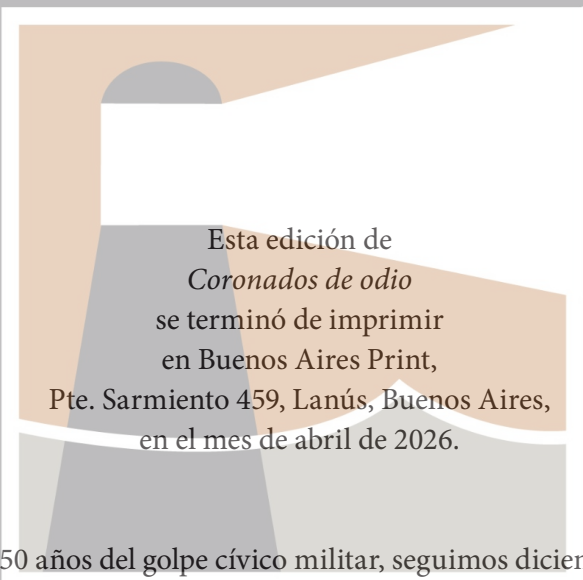


Introducción. “Odiar lo suficiente”	9
Capítulo I. La Patria suicidada	13
Casi sin darnos cuenta	14
El principio del fin	19
La bala que no salió y la que sí	22
Emoción violenta	24
Del “19 y 20” a “La Casta”	28
El rizoma de la derecha	32
“Dios ha muerto”	35
“Ser o no ser mercado”	37
Milei, el final de una etapa	39
Capítulo II. Las huellas del odio	41
Los tentáculos del poder	41
Primeras huellas	45
Sobre las mismas huellas	49
De un lado el jardinero del otro el asesino	52
El huevo de la serpiente	55
No es el pasado, es la memoria	61
El país que detestan	66
Hasta que el último se calle	67
El lenguaje y su censura	68

La música y la censura	69
Niñez, discapacidad y odio	70
La banalización de la violencia	72
“El conurbano es una cloaca en todo sentido”	73
Sicarios mediáticos	74
La fantasía supremacista	77
Capítulo III. La quietud del movimiento	81
Unidades bobas	82
El internismo irresponsable	86
La Cábora de Troya	91
La costumbre de perder	96
El “cualquiercosismo” peronista	107
Capítulo IV. El odio en su mundo	111
Un segundo Plan Cóndor	115
La trampa de Venezuela	117
Premio a la farsa	121
Secuestrado	125
Refugiados, migrantes, esclavos	127
“Temen que a nuestros propios hijos les enseñemos a volar”	129
El retorno del fascismo	135
Capítulo V. No calles Palestina	141
“¡Halt!”	141
¡Madurá!	142
No calles Palestina	143
Ni ustedes, ni nosotros, ni ellos, ni otros tantos	144
“Miles de muertos sin nombre” Hanin Abu Qaida	146
“La humanidad ha muerto”	147
Genocidio	148
Paz en la colonia	150
Carta de una madre en Gaza	154
Que alguien cuente que resistimos	155
Ahora sí, ahora es noticia	156

Capítulo VI. Rastros de humanidad	157
Francisco, el más cristiano de los papas	159
Su legado.....	162
Educar para la vida.....	163
La periferia y el centro	166
Pepe Mujica, el hombre que lo entendió todo	167
“Corremos el riesgo de asesinar la vida”	171
“No se vive de nostalgias, ni de recuerdos, sino de porvenir”	177
Lula, el hombre para un nuevo continente	178
“Los voy a enfrentar mirándolos a los ojos”	181
Rastros desconocidos.....	188
Capítulo VII. Hacia el posmileísmo	191
Hacia nuevos liderazgos	194
Repensarlo todo.....	197
Es la cultura, estúpido.....	200
La paz, la justicia, la democracia y coso.....	204
“De la denuncia a la planificación”	206
Volver a la Patria.....	208
El silencio no es opción, capitular mucho menos	209

MAREA
EDITORIAL



Esta edición de
Coronados de odio
se terminó de imprimir
en Buenos Aires Print,
Pte. Sarmiento 459, Lanús, Buenos Aires,
en el mes de abril de 2026.

A 50 años del golpe cívico militar, seguimos diciendo:
Memoria, Verdad y Justicia.

MAREA
EDITORIAL